



Espiral

ISSN: 1665-0565

espiral@fuentes.csh.udg.mx

Universidad de Guadalajara

México

Tirado, Francisco Javier; Mora, Martín  
EL ESPACIO Y EL PODER: MICHEL FOUCAULT Y LA CRÍTICA DE LA HISTORIA  
Espiral, vol. IX, núm. 25, septiembre-diciembre, 2002  
Universidad de Guadalajara  
Guadalajara, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13802501>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica  
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Francisco Javier Tirado♦  
Martín Mora♦♦

---

## El espacio y el poder: Michel Foucault y la crítica de la historia

*La profecía supone ahora  
una proyección más geográfi-  
ca que histórica;  
es el espacio y no el tiempo  
el que nos esconde consecuen-  
cias.*

JOHN BERGER

En este artículo se analizan las diversas aportaciones de Michel Foucault a la cuestión del espacio. Se parte de la crítica que hace Foucault a la hegemonía del tiempo como última ideología y de la historia como paradigma interpretativo y como ontología de lo social. La discusión foucaultiana quiere repensar lo social a la luz del espacio. Si bien el análisis de la obra de Foucault se nutre de su propia producción teórica, nuestra lectura recoge aportaciones de autores como Deleuze, Serres, Harvey y Soja, para problematizar lo social desde una óptica espacial, puesto que el desvelamiento de los dispositivos de control y las prácticas de poder cruzan estratos espaciales y no responden al eje temporal como interpretación. De hecho, creemos que la insistencia en la historia como temporalidad es una de las formas de constitución del poder y la vigilancia en el terreno de las ciencias sociales.

♦ Profesor titular de psicología social y de dinámica de grupos en la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) y en la Universitat Oberta de Catalunya (UOC), España.

franciscojavier.tirado@uab.es

♦♦ Profesor investigador titular en el Departamento de Estudios Socio-Urbano de la Universidad de Guadalajara, y profesor visitante en la UAB y en la UOC.

martinymora@hotmail.com

Introducción:

la historia como última ideología

Hace ya unos años que el enfrentamiento entre modernos y posmodernos empezó a disminuir. El resultado del mismo es ciertamente discutible. No obstante, parece que los segundos han mostrado que nuestra realidad no se rige por ninguno de los grandes relatos que formularon los primeros: progreso, humanismo, etc. Pues bien, Michel Serres, uno de los pocos “maestros pensadores” franceses que continúa vivo, insiste en denunciar el último de nuestros discursos universales: la historia. Ésta constituiría la ideología que ha salido indemne de la anterior batalla.

Tomando el significado de ideología en su sentido más prosaico, es decir, como conjunto de creencias desde las que pensamos y hacemos cosas, su argumento es sencillo, rayano en las explicaciones geométricas:

[...] no hay fenómeno, ni estado de cosas, ni orden de cosas de los cuales no sea posible hacer la historia, de derecho y demostrablemente. Ese gesto siempre es positivo, nunca es falsificable. (Serres 1980: 85)

En efecto, si no es posible salirse de este marco y criticarlo, observarlo y pensarlo de otra manera, entonces la historia es nuestra última matriz ideológica. No hay escape del gesto global que significa pensar la realización de una historia, *la* historia, de cualquier cosa o evento. Nada soslaya la reducción a lo histórico.

Esta situación de universalidad no es propia quizá de la historia, pero la historia es un ejemplo eminente de ello. Es sobre todo el ejemplo del cual no se habla. (Serres 1980: 85)

No hay silencio histórico de derecho en parte alguna. La historia no tiene zonas oscuras, carece de agujeros negros en los que su lógica y su posibilidad se disloquen. Todo es una posible historia. Pero tal situación es relativamente reciente. Otrora la naturaleza (*physis*) jugó el papel de exterioridad a la cultura, a la polis griega, para ser más concretos. Escapó en algún momento y de alguna manera a los abrazos de lo histórico. Como condición de posibilidad, su presencia fue reiterada una y otra vez en la historia de los hombres, los relatos de los héroes o los mitos de los dioses. Nuestra relación fundamental con los objetos de esa naturaleza cambió al grito cartesiano de dominio y posesión. Así, poco a poco la hemos doblegado e incorporado al designio de la historia. Historia de la naturaleza, naturaleza de la historia. Desde la formulación de la teoría de la evolución en la época victoriana, se observa cómo el tiempo irreversible irrumpe en los fenómenos de la física, de la biología, de la sociedad... Todas las dimensiones de nuestra vida se someten a una lógica narrativa propia de lo historiable.

Desde hace ya casi dos décadas la geografía experimenta una lenta pero sonora insurrección contra la historia. Autores como Soja (1990), Harvey (1989) o Gregory (1994), están comprometidos en denunciar la preponderancia, desde el siglo XIX, del recurso histórico como herramienta básica de emancipación y dispositivo exclusivo en la creación de conciencia política práctica. Las ciencias sociales suponen el auge de un imaginario histórico que glosará la importancia que adquiere la cuestión del tiempo en sus propuestas analíticas. De Marx a Weber, o de Adam Smith a Marshall, por ejemplo, el capitalismo es una noción conceptualizada como desarrollos históricos, y sólo de manera incidental como proceso sometido a inclemencias geográficas. En palabras de Michel Foucault:

El espacio fue tratado como lo muerto, lo fijo, lo no dialéctico, lo inmóvil. El tiempo, por el contrario, fue rico, fecundo, vivo, dialéctico. (Foucault 1980: 70)

Efectivamente, la obra de este autor ya adelanta las denuncias de geógrafos y las intuiciones de Michel Serres. Escritos como *Questions on Geography* (1980), *Space, Knowledge, and Power* (Rabinow, 1984), *Of Other Spaces* (1986), *The Eye of Power* (1980) o *Le Langage de L'espace* (1964) atestiguan el interés directo por la temática del espacio. Y, a su vez, *Historia de la locura en la época clásica* (1964), *Vigilar y Castigar* (1975), *La arqueología del saber* (1969) o *Las palabras y las cosas* (1966) muestran la relación de esta temática con el saber y el poder, aunque su evidencia no sea tan explícita como en los casos anteriores. Episteme, arqueología, espacios de dispersión, por ejemplo, son algunas de las metáforas espaciales que forman parte de su recetario de uso y son evidentemente alusiones a categorías cuyo significado se extrae de imágenes que evocan lo espacial. Pero también encontramos metáforas

de esta índole en las conclusiones de sus hallazgos histórico-filosóficos: el panóptico como umbral de la sociedad carcelaria no es más que la constatación de una economía de relaciones espaciales; las epistemes descritas en *Las palabras y las cosas* obedecen a formas geométricas; los espacios de encierro en los análisis sobre la locura constituyen una alteridad de la razón occidental; el cuerpo es el último recipiente de las relaciones de poder... Michel Foucault miró de cara al espacio y le confirió vida. Mas tal mirada entendemos que no es ni única ni uniforme. Detenta diversas maneras de aparecer y diferentes voces, constituye siempre un eco polifónico difícil de recorrer y aún más arduo de sostener. Afirmó en cierta ocasión que jamás había trabajado con metáforas espaciales en su momento arqueológico, sino que más bien se había topado inesperadamente con objetos y saberes que estaban espacializados. En otro momento rechazó la acusación de haber recurrido a la analogía espacial, tal como hiciera Althusser, para criticar la historia. Y a veces, sencillamente reivindicó con énfasis el papel fértil que la espacialidad debía tener en su pensamiento:

[...] hay una historia que permanece sin escribir, la de los espacios — que es al mismo tiempo la de los poderes/saberes — desde las grandes estrategias de la geopolítica hasta las pequeñas tácticas del hábitat. (Foucault, 1980: 149)

[...] tenemos que pensar(nos) en términos espaciales. (Foucault, 1986: 22)

La pretensión de este artículo es mostrar que la cuestión del espacio es en Michel Foucault algo más que el juego recurrente, quizás ingenioso y novedoso, de un piélago de metáforas para entender el cuerpo, el desarrollo del conocimiento, el ejercicio del poder o el futuro de nuestra sociedad. Argumentaremos que es una pieza fundamental para

el dispositivo poder-saber que lo ha convertido en referencia inmediata en los análisis sociales del poder, y dimensión clave para esbozar una manera de pensar que soslaye la tiranía de lo histórico.

El espacio articula el ver y el hablar

Sostiene Gilles Deleuze (1987) que la propuesta de Michel Foucault acerca del poder es algo nuevo, distinto y atrevido desde Marx. Un nuevo umbral se establece, un nuevo horizonte se alcanza; desde *El Capital* no se había dado nada semejante. Michel Foucault consiguió romper con los postulados tradicionales de la izquierda, sin alinearse con los planteamientos liberales. Rompió con el postulado de la propiedad. El poder ya no es de una clase que lo ha conquistado; no puede serlo puesto que es definido como mero ejercicio. Es, concretamente, una estrategia. Sus efectos son atribuibles a disposiciones, tácticas o técnicas, pero no a apropiaciones. Desecho el postulado de la localización. Según éste, el poder es una propiedad del Estado y se localiza en su aparato burocrático. Pues bien, el Estado se conceptualiza como un efecto de conjunto de una multiplicidad de núcleos y engranajes que se sitúan en un plano diferente del meramente político y que constituyen por su cuenta una microfísica del poder. El Estado, más que instituir estos engranajes, los aprueba, los controla, se los apropia o, simplemente, los cubre. Por tanto, el poder es local, nunca global, y no se localiza, es difuso. Criticó el postulado de la subordinación. El poder se había entendido, en los análisis marxistas, como una instancia subordinada a formas de producción o infraestructuras. Ahora, las relaciones de poder son pensadas como no exteriores a otros tipos de relaciones. No se someten a unificación trascendental, ni se someten a centralización global. Coexisten junto con otras relaciones. Demolió el postulado de la esencia o del

atributo. El poder no puede analizarse como “algo”, una esencia que cualifica a su poseedor. Es básicamente operación, nunca atributo, tan sólo una relación. Desmintió el postulado de la modalidad. El poder se había conceptualizado como acción de violencia, y Michel Foucault lo formulará como productor de realidad antes que de represión; como productor de verdad antes que de ideología. Finalmente, rompió con el postulado de la legalidad. Éste planteaba que el poder estatal se expresa en la ley, que venía a ser como un estado de paz impuesto después de una guerra sobre las fuerzas brutas. La correlación ley-ilegalidad que señala el anterior límite, es sustituida por la correlación ilegalismos-ley. La ley siempre es una composición de ilegalismos que ella diferencia al formalizarlos. Unas organizan explícitamente el medio de eludir las otras. Las leyes cambian sobre el telón de fondo de nuevas distribuciones de ilegalismos (cambios de naturaleza, modalidad). La ley es la guerra misma, la estrategia de ésta en acto, la gestión agónica de ese topos de ilegalismos.

Y sobre todo, el ejercicio del poder siempre acompaña la formación del saber.

[...] no es posible que el poder se ejerza sin el saber; es imposible que el saber no engendre poder. (Foucault 1977: 76)

La unidad del discurso, de la verdad, no la encontramos en el objeto, siempre hay discontinuidades que hacen aparecer diferentes objetos en un mismo discurso, que hacen que el objeto se bifurque en una miríada de posibilidades. Tampoco en el estilo; continuamente hallamos formulaciones disímiles en los mismos tipos definidos y normativos de enunciados. Ni siquiera está en un alfabeto predefinido con nociones permanentes, coherentes y constantes, pues éstas apenas duran un segundo, el de su lectura. Ni mucho menos en la temática; las temáticas se dispersan, se dilu-

yen, hay estrategias que permiten activar temas incompatibles en el mismo universo narrativo. El discurso se compone de dos prácticas inmanentes: ver y hablar. Y la relación de poder es la que las articula. Por tanto, el poder es la unidad del discurso. Su verdad. *Vigilar y castigar* es un ejemplo del desglose de todas las operaciones que construyen y elaboran simultáneamente el conocimiento y el objeto del conocimiento, de la relación entre el saber y el poder. Además, el poder está en todas partes, no porque lo ocupe todo, sino porque viene de todas partes. Pero más importante es que:

[...] el poder produce, produce realidad; produce dominios de objetos y rituales de verdad. El individuo y el conocimiento que puede ser obtenido de él pertenecen a esta producción. (Foucault, 1977: 194)

De este modo, Michel Foucault sostiene que el poder opera en la positividad del saber y no sobre el engaño, no necesariamente sobre la violencia, y no exclusivamente en la represión. El poder produce, es productivo. No hay arquitecturas despóticas, sólo espirales generativas, productoras, de la implementación poder-saber. Pero conviene tener presente que las relaciones poder-saber no son formas estáticas de distribución o diagramas claros, nítidamente definidos, sino tan sólo matrices de transformación. En ese sentido no sería correcto hablar de maquiavelismo geométrico en Foucault. El poder es flexible, positivo y, sobre todo, específico, local y difuso. Pero, ¿cómo produce el poder? Antes de responder tal cuestión hay que recordar que Michel Foucault sostuvo que ver y hablar no son lo mismo. Que en cada época hay una formación histórica, un saber, que hace ver todo en función de sus condiciones de visibilidad, y que dice y hace decir todo en función de sus condiciones de enunciación. No hay ningún secreto que desentrañar o ver, no hay ocultaciones en visibilidades y enunciados... Hay un repar-



to de lo visible y lo enunciable, unas prácticas no discursivas y otras discursivas. Pero, tal como ocurre entre saber y poder, entre lo visible y lo enunciable, hay diferencia de naturaleza: hablar no es ver y ver no es hablar. Lo que se ve no se ajusta nunca a lo que se dice, ni se dice nunca lo que se ve; no hay hilo que transite de lo enunciable a lo visible. Ni al revés tampoco. Entre estas dos instancias no hay isomorfismo ni conformidad; aunque Foucault, eso sí, afirmará que hay presuposición recíproca y, también, primacía del enunciado sobre la visión. Así, el hospital general como forma de visibilidad tiene su origen en la policía como proyecto de racionalidad de los Estados modernos, y no en la medicina. La medicina, a su vez, despliega su régimen discursivo fuera del hospital, en las poblaciones, en las masas que han emergido como actores relevantes gracias al discurso demográfico. O, por citar otro ejemplo, la prisión viene de un horizonte disciplinario que hunde sus raíces en una ética protestante, mientras que el derecho penal va a producir sus enunciados completamente al margen de éste; en concreto, en el proyecto de la reforma de los individuos que emerge en la Revolución francesa. Tampoco hay conformidad. Entre la evolución del derecho penal y el surgimiento de la prisión, hay heterogeneidad, distintas velocidades de emergencia y desarrollo, encuentros imprevistos, coadaptación, si se quiere, pero no reductibilidad. El derecho penal enunciará crímenes y castigará en función de una defensa de la sociedad; se establecen asociaciones de ideas entre la infracción y el castigo; se postulan signos que se dirigen al alma o al espíritu. Por el contrario, la prisión es una forma de actuar sobre los cuerpos, no es un elemento endógeno del sistema penal, no es un conjunto de enunciados, es una visibilidad que hace ver el crimen y al criminal. Pero hay contactos, mejor dicho, insinuaciones entre las dos formas. Verbigracia, el derecho penal no deja de enviar a la prisión a quienes salen de ésta y de propor-

cionar nuevos presos. A su vez, la prisión no deja de reproducir la delincuencia, sus formas, sus modalidades, y de realizar los objetivos que el derecho penal había concebido de otra manera: defensa de la sociedad, transformación del condenado...

En las lecturas habituales de la obra de Michel Foucault se le concede al poder la potestad de coadaptar lo visible y lo enunciable. De constituir esa dimensión que opera más allá de visibles y signos y que da cuenta de la composición estratificada de las dos formas. Esa capacidad constituiría la productividad del poder. Pero la naturaleza de tal operación es más profunda. Para entenderla completamente hay que recordar la acepción original de producción. Asegura Baudrillard (1978) que ésta no la constituye el pensar en la fabricación material, ni tan siquiera el pensar en la transformación del material, sino, por el contrario, la constituye la idea de hacer visible, de hacer aparecer y comparecer, exhibir y mostrar. Así, el poder que produce es un poder que exhibe, que opera liberando las cosas en el terreno de la visión, exponiéndolas ante la mirada, sustrayéndolas al secreto y a la oscuridad para arrojarlas a la luz, ante el ojo, delante del ojo. Por lo tanto, poder es exhibir. Poder es hacer ver. El poder libera las cosas en el campo de la visión: es exposición.

El punto clave de esta aseveración reside en que la exhibición de las cosas es simultáneamente creación de un espacio, de un plano que espacializa el pensamiento y, en especial, el orden de las cosas. Y ésta es precisamente la cuestión que olvidan las lecturas canónicas de Michel Foucault-Deleuze (1987), de Dreyfus y Rabinow (1988) y de Sauquillo (1989). No basta con afirmar que el poder, al articular visión y enunciado, se torna productivo. Hay que esclarecer que su acción es generación de espacio. Éste se torna, por tanto, una zona bisagra entre estas entidades, en la que ambas pierden sus límites y se vuelven indis-

nibles. Es punto final, puesto que aquí los límites se desvanecen. Y es punto de inicio porque a partir de esta zona o momento sus características se relanzan y devienen diferenciadas y ajenas. Así, la mirada es posible gracias a esta ordenación, a este plano. El poder permite la descripción de las cosas arrojadas en este plano, su acomodo. Al mismo tiempo, esta ordenación es marca, este plano-espacio es horadado, hundido, atravesado, grabado, y así aparecerán los estratos que constituyen lo distintivo del saber. Ahora esta nueva modalidad de poder opera en y a través del espacio. Efecto de exhibición. El plano posibilita la mirada y el habla, y como residuo aparece la sustracción del tiempo, del cambio, de la tradición, como elementos de acción-conocimiento. Pero este plano no es imaginario, no es un mero recurso metodológico o una creación epistemológica. Es realidad, tan real, tan ficción, como el conjunto de cosas, enunciados, poderes, saberes, que hay en él, que lo constituyen y él determina.

De este modo, las relaciones espaciales que aparecen en los trabajos de Michel Foucault no son simplemente una geometría formal, sino, más bien, una serie de geografías sustantivas en las que, por ejemplo, las relaciones país-ciudad, en la historia de la locura, o la geometría de los planos de la prisión, en la historia de la criminalidad, son acontecimientos colmados de gente, problemas, ideología, resistencia y devenires. El espacio se configura como el punto donde lo visible y lo enunciable se confunden. Los detalles toman sitio en lugares específicos. Y los espacios son siempre e inevitablemente particulares. Algunos ejemplos pueden ilustrar esto. *Vigilar y castigar* sólo se entienden atendiendo a las dos arquitecturas particulares, no reductibles, pero definitorias de un mismo proyecto o diagrama, que son propuestas como foco de estudio: éstos son el panóptico y la colonia Mettray. En el siguiente apartado hablaremos con detalle de ambas. *Historia de la locura en la época clá-*

sica muestra dos lugares específicos: París, donde el primer hospital general es fundado, y Philippe Pinel rompe las cadenas de los lunáticos en Bicêtre, y York, donde William Tuke establece un asilo especializado. La geografía urbana de la primera ciudad, y la rural de la segunda, son algo más que elementos incidentales en la respuesta institucional que recibe la locura en el primer centro, y el surgimiento de un régimen terapéutico especializado en el segundo. El espacio y el tipo de relaciones sociales que se dan en él poseen una íntima relación. Afirmemos en este momento, y quizás de una manera excesivamente literaria, que la historia de los poderes-saberes se puede escribir a partir del trazo de los espacios. Pero el espacio también es relevante en sus investigaciones sobre las ciencias humanas, y también aquí aparece en íntima relación con el conocimiento de una época. Como Foucault asegura (1984), su trabajo arqueológico ha mostrado cómo el conocimiento, desde el siglo XVII, se espacializa. Lo que es clave en las mutaciones epistemológicas y transformaciones del siglo XVII es ver cómo la espacialización del conocimiento fue uno de los factores importantes en la constitución del conocimiento como ciencia. Así, reconoce que *Las palabras y las cosas* constituyó un trabajo en el que, más que usar metáforas espaciales para describir algo, analizó objetos que en sí mismos habían sido espacializados. Si la historia natural y las clasificaciones de Linneo fueron posibles, es porque hubo una espacialización del objeto de sus análisis en la medida en que estos historiadores se dan a sí mismos la regla de clasificar una planta sólo a partir de lo que es visible. Los elementos tradicionales del conocimiento, como por ejemplo las funciones medicinales de la planta, son obviados. Ahora bien, el número de elementos, cómo se relacionan, su medida, el peso, etc., pasan a definir la mismísima estructura de la planta.

Sin embargo, no todo lo que se ofrece a la mirada resulta utilizable: los colores, en particular, apenas pueden fundamentar comparaciones útiles. El campo de visibilidad en el que la observación va a tomar sus poderes no es más que el residuo de estas exclusiones: una visibilidad librada de cualquier otra carga sensible y pintada además de gris. Este campo define, mucho más que recepción atenta a las cosas mismas, la posibilidad de la historia natural y de la aparición de sus objetos filtrados: líneas, superficies, formas, relieves. (Foucault, 1991: 133)

El saber mismo se espacializa. Saber que es visibilidad. Pero en su *Historia de la locura*, esta operación del espacio todavía será más clara y mostrará cómo la locura no es más que una espacialización que engarza lo visible y lo enunciable:

De un lado, el Bosco, Brueghel, Thierry Bouts, Durero, y todo el silencio de las imágenes. Es en el espacio de la pura visión donde la locura despliega sus poderes. Fantasma y amenazas, apariencias puras del sueño y destino secreto del mundo. La locura tiene allí una fuerza primitiva de revelación [...] Del otro lado, con Brant, con Erasmo, con toda la tradición humanista, la locura queda atrapada en el universo del discurso. Allí se refina, se hace más sutil, y asimismo se desarma. Cambia de escala; nace en el corazón de los hombres, arregla y desarregla su conducta. (Foucault, 1985: 49-50)

No vamos a negar que poder y saber se acceden, pero lo hacen bajo el murmullo insistente del espacio. Ahora bien, lo interesante es entender que lo visible y lo enunciable se acceden a su vez en el susurro del espacio: ahí se topan, se encuentran y se unen. Las ordenaciones espaciales son visibilidades-enunciaciones y constituyen el sistema acuoso necesario para el desarrollo del poder-producir-conocimiento. El binomio poder-saber se completa con un tercer elemento: el espacio. Hablaremos, pues, del trinomio poder-saber-espacio. Y en ningún sitio detenta tanta fuerza como en *Vigilar y castigar*.

La arquitectura es política

*Vigilar y castigar* narra algo más que una transformación histórica del poder y del saber; connota, si se desea, otra historia: la del espacio. Algunos autores, Driver (1985) es un buen ejemplo, han argüido que hay en esta obra una identificación total entre poder disciplinario y *Panóptico*. Semejante reducción inauguraría un discurso arquitectónico centrado en el control y en la instrumentalización del poder a partir del uso del espacio como terreno concreto y local para el ejercicio de la tecnología. Frente a ese reduccionismo, se puede argumentar que hay una sustancial diferencia entre *panóptico* y *panoptismo*. El panoptismo no es, en absoluto, reducible conceptualmente a la operación arquitectónica, particular y específica, que realiza el panóptico. Aclarar tal diferencia permitirá introducir el papel que desempeña el espacio en la relación que se establece entre saber y poder.

El término panoptismo captura no tanto el papel que desempeñan arquitecturas y proyectos institucionales concretos, como la naturaleza y devenir de un amplio y complejo espectro de técnicas disciplinarias a través de las cuales los sujetos humanos son transformados en “cuerpos dóciles”. Es búsqueda de una condición de posibilidad que es además descripción de un evento particular. Pero también inauguración del advenimiento de un nuevo tipo de sociedad: la sociedad carcelaria. Para Flynn (1993), la genealogía del sistema penal elaborada por Michel Foucault revela básicamente dos elementos: la transformación que experimenta la publicidad del castigo dentro de la contemplación, dentro de la mirada fija, normalizadora, del inspector-supervisor, y el cambio de lugar de su objeto. Un movimiento que va desde el cuerpo físico al “cuerpo del alma” como materia esencial constitutiva de los sujetos. Hasta tal punto esto es así que Foucault fija como la fecha

de realización y nacimiento del sistema carcelario en Europa Occidental el 22 de enero de 1840 (Foucault 1991: 300). Año que señala la apertura oficial en Francia de una colonia para jóvenes delincuentes llamada Mettray. Tomar el panóptico como la institución disciplinaria arquetípica, emblemática, supone obviar, incluso negligir, que Mettray, con una disposición espacial física completamente opuesta, es tan o más importante que el panóptico de Bentham en la comprensión del advenimiento de la sociedad carcelaria.

El panóptico de Bentham es un diseño arquitectónico que sitúa en el centro de un amplio patio una torre, y en la periferia un conjunto de construcciones, divididas en distintos niveles que, a su vez, se componen de celdas. En cada celda hay dos ventanas: una permite la entrada de la luz y la otra da directamente a la torre. En la torre anchas ventanas permiten la vigilancia de las celdas.

Basta entonces situar un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda a un loco, un enfermo, un condenado, un obrero o un escolar. Por el efecto de la contraluz, se pueden percibir desde la torre, recortándose perfectamente sobre la luz, las pequeñas siluetas cautivas en las celdas de la periferia. Tantos pequeños teatros como celdas, en los que cada actor está solo, perfectamente individualizado y constantemente visible. (Foucault, 1991: 203)

El recluso no sabe, no puede ver, si el vigilante está o no está en la torre. Su comportamiento siempre se acomoda a un “como-si”. Siempre se acomoda a una vigilancia a priori constante, infinita, absoluta.

De ahí el efecto mayor del panóptico: inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder. (Foucault, 1991: 203)

Esta figura arquitectónica, básicamente un vigilante que observa sin ser visto, es el dispositivo y la función que se derivan. Función en la que automáticamente se condicionan y obturan una serie de individualidades separadas pero que, a los ojos del vigilante-supervisor, son sólo multiplicidades numeradas y controladas. Asimismo, el panóptico es susceptible de recrearse en sus propios mecanismos de control y generar una espiral de vigilancia *ad infinitum*, puesto que el observador puede ser observado por el director, y éste, a su vez, por otro inspector que, situado en un peldaño más alto, determine su proceder. Esta disposición arquitectónica inventa una nueva espacialidad. Es la manera de crear, plegar, horadar el espacio. Es, en definitiva, un proyecto. No es, sin embargo, un proyecto anónimo, como veremos más adelante. Es la metonimia, la figura funcional, de una idea de sociedad y de lo social. Un idea que habla de una entidad toda ella atravesada y penetrada por mecanismos disciplinarios. Por el contrario, en lugar de celdas y de una torre central, Mettray ofrece una extensión de terreno con su espacio dividido en casas separadas, alejadas, cada una de las cuales posee su propio taller, comedor, aula y dormitorio; y cada una de las cuales está ocupada por una familia de unos 40 jóvenes supervisados por dos “hermanos mayores”. En Mettray no hay inspección visual continua. En su lugar, tenemos la aparente anti institucionalización y el aparente desarme natural de la familia. Esta colonia fue usada históricamente para castigar la delincuencia juvenil. Mettray no tiene muros, no tiene observador central, no tiene celdas individuales, no tiene torre. Y, como ha señalado Driver (1985), la colonia no sólo alcanzará una concreción real (práctica que nunca logrará el panóptico), sino que será ampliamente emulada en Inglaterra y, una y otra vez, se convertirá en punto de referencia continuo de todos aquellos expertos implicados en el tratamiento y juicio de la delincuencia. De nuevo, una disposición arquitec-



tónica que es invención de una espacialidad. Un proyecto. La metonimia, la figura funcional de una idea de sociedad y de lo social. Es la sociedad atravesada, constituida y penetrada por mecanismos disciplinarios.

Michel Foucault recorre hasta el final la senda que abre Nietzsche. Con éste, la pregunta por el conocimiento había sufrido una transformación. Ya no se trata de saber cuál es el camino más seguro y directo hacia la verdad, sino de cuál es el camino torcido, abrupto, oscuro, a veces temerario, de la verdad. El filósofo francés muestra que una nueva y sutil forma de “cálculo del poder” emerge en Europa Occidental alrededor de 1800. La gente, los individuos, devienen en este cálculo cuerpos-dóciles, sin que sea necesaria la reiteración continua de lanzar tales cuerpos a la obediencia mediante su exposición al espectáculo que ofrecen las ejecuciones y torturas como manifestaciones y blason del poder real. El panoptismo es definido como un:

[...] principio general de una nueva anatomía política cuyos objetos y finalidades no son las relaciones de soberanía (en las que la ejecución y la tortura estaban tan profundamente implicadas) sino las relaciones de disciplina. (Foucault 1991: 208)

La organización espacial, la estructura arquitectónica, tanto de Mettray como del panóptico, a pesar de mostrar amplias diferencias, comulgan, sin embargo, con la misma anatomía política. Comparten el ser parte del mismo proyecto: el panoptismo. Ambas inciden en el trabajo del espacio para producir individuos socialmente útiles y competentes. El individuo se caracteriza por ser un animal disciplinado; la disciplina lo convierte en socialmente competente. Y la disciplina procede, siempre, “en primera instancia de la distribución de los individuos en el espacio” (Foucault 1972: 145). Tanto el panóptico como Mettray comparten el constituir operaciones de distribución de los indi-

viduos en el espacio. El primero reivindica aislamiento y separación. El segundo es solidario con la agregación y la unión. Pero ambos despliegan, mejoran y explotan continuamente un principio de visibilidad. La visibilidad es la nueva paz: el nuevo cálculo del poder actúa sobre el material humano para producir cuerpos dóciles. Principio que es la naturaleza propia del panoptismo; principio que permite entender lo que Foucault llamó archipiélago carcelario (Foucault 1991: 303); principio que cose en un mismo tejido arquitecturas tan dispares como la colonia Mettray y el panóptico.

En este esquema, arquitectura e ideario político se funden en la era moderna. El panóptico, de hecho, cristaliza el sueño de revolucionarios como Rousseau, que soñaron la sociedad transparente. Visible, legible, en todas sus partes, sin zonas de oscuridad, sin zonas de desorden. Soñaron que cada individuo, sea cual sea la posición que ocupe, veía, aprehendía y comunicaba sus razones y pasiones al conjunto de una sociedad plenamente transparente y, esto es importante, abarcable en su totalidad. Soñaron la exposición total ante la mirada.

El problema de la visibilidad de los cuerpos, los individuos y las cosas, bajo un sistema de observación centralizada, fue uno de los principios directrices más constantes de los proyectos arquitectónicos del XVIII. (Foucault 1980: 146)

Este sueño de visibilidad incide en la organización del espacio como una parte importante de las estrategias económicas, políticas y sociales. Visualización y docilidad de los cuerpos, disciplina y sociedad transparente; estas coordenadas redefinen a partir de ahora el discurso arquitectónico, gravitándolo, identificándolo con el problema del control. Un control que es exhibición, producción. En una palabra: poder. La arquitectura, la gestión y construcción

del espacio se vuelve política en la era moderna. Una reflexión sobre la arquitectura como función de los objetivos y técnicas del gobierno de las sociedades es desplazada con fuerza en dicho momento. La política como arte del gobierno de los hombres interroga y requiere un conocimiento sobre urbanismo, higiene, planificación. Requiere, en última instancia, una reflexión sobre los espacios. Deleuze ha sintetizado con claridad la fórmula abstracta del panoptismo. Éste sobrepasa la mera ecuación “ver sin ser vistos”, y se instaura en la idea de “imponer una conducta cualquiera a una multiplicidad humana cualquiera”. Pero un elemento escapa al análisis de este autor. Tal multiplicidad e imposición se realiza mediante una operación de gestión, distribución, del espacio. La cuestión del observador, tan importante en el diseño de Bentham, pierde relevancia en aras de la búsqueda de una exhibición, una exposición, una visibilidad total del individuo. El espacio se configura para lograr la obscena transparencia, tal poder.

Tal y como ocurría con las formas del saber —lo visible y lo enunciable—, poder y saber son dos instancias irreducibles entre sí —no isomórficas—, a pesar de que continuamente se busquen, se insinúen y se acerquen infinitamente, sin llegar a tocarse. La arquitectura tendría la capacidad de articular el saber y el poder. El espacio como arquitectura es el saber como diagramas del poder. En el espacio, como arquitectura, esas técnicas de disciplinización, esas tácticas nacidas a partir de condiciones locales y necesidades particulares, que en el tejido social son anónimas, cobran sentido, se vuelven proyecto, exhiben los cuerpos, las almas, las cosas. Se organizan manteniendo su especificidad, sin devenir superestructura, esencia o propiedad de una clase. Tan sólo proyecto: el de la transparencia, el de la exhibición. Se constituyen en ejercicio de poder.

En esa senda, Foucault mostrará que todo se ha vuelto espacial, lo material y lo mental. Cuando la Revolución fran-

cesa buscó una nueva justicia, este problema adquirió la forma de la prevención, antes que la del castigo. Y ésta se pensará en el dispositivo de la vigilancia, de la mirada continua. Así, los primeros directores de los espacios colectivos son médicos y militares. Los primeros piensan el espacio de las habitaciones y ciudades; los segundos, el de las campañas y las fortificaciones. La arquitectura deviene política porque será el engarce entre saber y poder. En suma, la genealogía foucaultiana de nuestro presente no se aprehende en su totalidad si no se añade al par saber-poder esa tercera dimensión que es el espacio.

La importancia de ésta aparece también en la *Historia de la locura*. Aquí se muestra con claridad cómo la línea que separa la razón de la sinrazón es una construcción histórica, una función del poder de la razón y, sin embargo, el instrumento por el que esta razón puede a la vez definirse a sí misma. Pero esa línea lo es literalmente. No constituye una imagen metafórica o una analogía, es textualmente una línea, un trazo del espacio. Es literalmente labrar, horadar espacios. La locura es la categoría moderna de insania, implica especialmente la disolución entre la palabra y la imagen. Pero la locura es ante todo exposición, visión y visibilidad. Hay líneas que establecen límites; los límites derivan una función de exposición, derivan la dualidad más allá-más acá. Mediante la visibilidad se muestran de lejos las barreras que separan lo “sano” de lo “enfermo”, y la locura se convierte en algo “para verse”. Es exhibición, mas, ¿dónde? En el manicomio. Éste proporciona la definición visual de insania, es la sinécdoque que condensa líneas y trazos topológicos. La locura no existe salvo como vista, exhibida, arrojada a la visión en el terreno del manicomio. Una operación similar se observa en el *Nacimiento de la clínica*. En esta obra las innovaciones médicas ordenan y clasifican los nuevos regímenes de insanias a partir de su exhibición. Las evidencias visuales son clasificadoras de

enfermedades, productoras de las taxonomías médicas, y anunciadoras de un nuevo tipo de medicina. La mirada médica define lo anormal. Y se demuestra también en la *Historia de la sexualidad*. Aquí el cuerpo será el recipiente último de las relaciones de fuerza y poder. Un espacio trabajado, civilizado, cultivado, un sexo que es ante todo exhibición constante. Esta exhibición es producción, facilita un saber. Pero tal posibilidad de saber deviene porque se da la constitución de un espacio.

Más allá del tiempo y la historia

Foucault renunció a levantar un proceso general contra la razón al estilo de Adorno. Sin embargo, no renunció nunca al análisis de los procesos de racionalización a partir de los cuales nuestro presente toma forma en sus detalles más íntimos y descarnados. Ha sabido atender a las transformaciones de nuestra racionalidad y presentar al mismo tiempo una desconfianza severa hacia certezas habitualmente asumidas por historiadores y científicos sociales. Certezas como las de un orden contractual, una coherencia, una razón inmanente o un enfrentamiento de clases. Pero son tres momentos, tres movimientos argumentativos, centrados en su reflexión sobre la literatura y en su periodo arqueológico, los que nos van a permitir mostrar cómo el espacio es desplegado como pieza clave y esencial en un engranaje que busca diseccionar los procesos de racionalización.

La historia en Foucault es ante todo una visión de la vida social, asentada en vocabularios y categorías topológicos, espacializantes y geográficos. Es una visión donde se insiste en denotar que las investigaciones sobre el pasado deben tomar en serio la importancia del espacio, del lugar y de la geografía. Esta sensibilidad emerge claramente y sin disculpas en la crítica que ofrece de la historia total:

El proyecto de la historia total es aquel que busca reconstituir la forma completa de la civilización, el principio —material o espiritual— de una sociedad, el significado común de todos los fenómenos de un periodo, la ley que describe esas ocasiones —lo que es llamado metafóricamente la “faz” de un periodo. (Foucault 1972: 9)

La práctica de esa historia total se ha asentado en las siguientes estrategias metodológicas y ontológicas. En primer lugar, se articula en grandes unidades (estados o fases) que contienen su propio principio de cohesión. La historia total opera colocando un corazón central en el mundo social. Un centro que encapsula las palabras y las obras de los “héroes”, las tradiciones de la cultura, las maquinaciones del capitalismo. Desde este centro, un sistema homogéneo de relaciones, un flujo laminar, se extiende para envolver y gobernar todas las cosas. En segundo lugar, entre todos los eventos de un área espacio-temporal, entre todos los fenómenos de los que se encuentran trazos, restos, es posible establecer un sistema de relaciones homogéneas; una red de causalidad que permite derivar de cada uno de ellos relaciones de analogía que muestren cómo ellos se simbolizan unos a otros o cómo se expresan en un mismo corazón central. En tercer lugar, la misma forma, el mismo tipo de historicidad, opera en estructuras económicas, instituciones sociales, prácticas mentales, comportamientos políticos, sujetos. Sufren todas estas instancias el mismo tipo de transformación, pues el devenir en sí mismo es lo relevante y principio de inteligibilidad. Finalmente, la historia total es insensible a una geografía del mundo social, a su posible topología. Enfatiza la homogeneidad de eventos y fenómenos e hipostasias sus relaciones en grandes unidades espaciales (continentes, países) dadas por supuesto. Ignora la realidad de las distribuciones a pequeña escala.

Frente a la historia total, Foucault reivindica una historia comprometida e instalada en lo particular, lo local y lo

específico. Que huya de lo general, lo universal y lo eterno. Sin embargo, este proyecto no busca ser el reverso especular de la historia total. Contiene propiamente una idiosincrasia que, más que optar por el acoso y derribo de la anterior, pretende desbordarla: ahora los fenómenos, eventos, procesos y estructuras de la historia son, siempre, fragmentados por la geografía. La diferencia se inscribe inevitablemente en el lugar, en lo local. Detalles que toman sitio en lugares específicos. Lo local con orgullo, con deferencia. Tal es la apuesta de una historia que acaba desbordando la temporalidad como forma privilegiada de relación entre acontecimientos.

Así, la historia en Foucault es propiamente una ontología. Quebrada y hecha de fragmentos. Y ella es la naturaleza de la vida social. El espacio, el lugar, la geografía, son para él los indicadores de tal fragmentación, y la herramienta para abordarla. Pero prestemos atención al significado e implicaciones de esta ontología. No hay nada más allá del mundo de la existencia, más allá de la aparente y prosaica verdad de que todo lo que configura a las cosas —medida, consistencias, cualidades, peso— simplemente está en el mundo, exhibido, arrojado. No hay absolutamente nada más allá, no hay profundidad, no hay esencia cognoscible oculta detrás de las cosas, ruido de fondo, ni siquiera la expresión “más allá” tiene sentido en sí misma. Tan sólo dispersión. La dispersión de las cosas arrojadas en el mundo. Más allá es un sinsentido, puesto que la dispersión de las cosas en el mundo está más acá, de nuestro lado, envolviéndonos. Y nada mejor que el análisis de la literatura moderna para acercarse a semejante dispersión.

Será el examen de la obra de Raymond Roussel (Foucault, 1963) el que hallará el papel activo que desempeña el espacio en el pensamiento a la hora de intentar aprehender y respetar esa ontología. Ya, en una obra temprana, *Le langage de l'espace* (1964), Foucault había descrito cómo el

paso de la literatura clásica a la literatura moderna suponía el tránsito de un lenguaje ordenado en el tiempo a un lenguaje organizado en el espacio. Tránsito de una ontología que privilegia el tiempo como mecanismo de inteligibilidad, a una que destaca el espacio. Lo espacial como presupuesto y producto, condición y condicionado de la dispersión de las cosas. Los meticulosos juegos de lenguaje de Raymond Roussel son para Foucault la culminación de este viaje, y son, sobre todo, la culminación del dismantelamiento del tiempo lineal y la subjetividad como principales unidades de reorganización y aprehensión de la existencia. Las descripciones de Roussel buscan huir de las listas de prioridades en las que ciertas cosas de una escena presentada son más significantes que otras. Exponen en un mismo registro, buscan la paz de y entre las cosas. Coexistencia de cosas, pequeñas y grandes, abandono de la jerarquización de los elementos de la descripción, ésta es la lección de Roussel. Las escenas de éste eliminan el tiempo, operador de jerarquías, operador en jerarquías, mediante el uso de un espacio circular, de una descripción que se origina y acaba en el mismo punto, en el mismo nimio detalle. Roussel se rebela contra la idea de origen y destino: tan sólo la presencia del tedio, de la monotonía de lo pequeño, el silencio de lo repetitivo, el aburrimiento de la esencia en la existencia. El trabajo con el espacio de Roussel es para Foucault una forma de circunnavegar los modos esencialistas del pensamiento. En éstos las esencias (profundidades, niveles, estratos) ascienden por sí mismas a través del tiempo. Escribe Foucault que la vieja estructura de la metamorfosis legendaria que dicta cómo las cosas cambian ellas mismas a través del tiempo y, así, revelan sus verdaderas esencias, es “revertida” en Roussel, olvidada, abandonándose a un conjunto de seres que no conllevan ninguna lección, que sólo exponen la mera colisión de las cosas. (Foucault 1986) Más allá de las leyes del tiempo, Roussel ha encontrado algo inmediato: el espacio. Una su-



perficie de cosas dispersas, expuestas, exhibidas. En esta superficie, el silencio. Sólo el silencio impera, es dueño y señor. El conocimiento, todo conocimiento, es violación de tal silencio. Es proliferación de palabras sobre esta superficie, discurso que constriñe y jerarquiza, que ordena las cosas. Y todo conocimiento es poder, puesto que supone alteración y modificación sobre esta superficie para producir un determinado nivel y orden de visibilidad de las cosas.

Conclusión: el tiempo desbordado

Foucault ha imaginado un espacio hipotético o plano en el que todos los eventos y fenómenos relevantes para un estudio sustantivo están dispersos, lanzados en un mismo nivel, desprovistos de jerarquía y de ordenación previa. Por tomar un ejemplo, la historia general de la locura no puede soslayar la atención a cosas como los planos de los asilos, debates parlamentarios sobre la cuestión, transformación urbana de las ciudades, etc. La yuxtaposición de diferentes categorías de elementos; la mezcla de lo humano y lo natural, lo tangible y lo intangible, lo colectivo y lo individual, configuran la orografía de ese evento que es la locura en la modernidad. Tal mezcla y dispersión debe ser enfatizada y entendida como una maraña inextricable, sin principio rector ni finalidad última, que desafía las reglas homogeneizantes y ordenadoras a priori del tiempo y, por supuesto, de la historia. Preservar los detalles y las diferencias entre ellas, sin miedo a que se quiebre el saber en un caos de detalles, es el proyecto de Foucault.

El discurso rompe esa maraña, visualiza las cosas apuntalándolas unas sobre otras, jerarquizándolas, creando puntos de partida y de llegada. Tal es la naturaleza del poder. Sin embargo, esta implementación de poder y saber sólo puede realizarse en el espacio: recortar el espacio de dispersión, crear, hacer visible un orden de cosas, configurar

un espacio propio, sustraer a las cosas de su dispersión inherente, es la condición necesaria para el ejercicio del poder-saber. De este modo, afirmará Foucault (1986) que el tiempo no es más que una de las operaciones distributivas que son posibles para los elementos desplegados en el espacio. Ésta es su propuesta (y acaso su lección): los objetos de estudio poseen reglas cambiantes y localizadas, la cartografía que busca reseñar e imponer las relaciones entre las cosas es en sí misma y remite, siempre, ineludiblemente, al poder y al saber. Prioridad del espacio sobre el tiempo. Continuamente el intento de trazar la historia de los poderes-saberes remite a la escritura de espacios.

- |  |                     |
|--|---------------------|
| <p>Baudrillard, J. (1977), <i>Olvidar a Foucault</i>, Pre-Textos, Valencia, 1978.</p> <p>Berger, J. (1984), <i>Y nuestros rostros, mi vida, breves como fotos</i>, Hermann Blume, Madrid, 1986.</p> <p>Deleuze, G. (1987), <i>Foucault</i>, Edicions 62, Barcelona, 1987.</p> <p>Dreyfus, H. L., y Rabinow, P. (1988), <i>Michel Foucault: Beyond structuralism and Hermeneutics</i>, Harvester Press Herts.</p> <p>Driver, F. (1985), <i>Power, space, and the body: a critical assessment of Foucault's "Discipline and Punish"</i>, <i>Environment and Planning D: Society and Space</i> 3, pp. 425-446.</p> <p>Flynn, T. R. (1993), "Foucault and the Eclipse of Vision", en D. M. Levin (ed.), <i>Modernity and the hegemony of vision</i>, University of California Press, Berkeley.</p> <p>Foucault, M. (1963), <i>Raymond Roussel</i>, Siglo XXI Editores, Madrid, 1992.</p> <p>— (1964), "The language de l'espace", <i>Critique</i>, abril, pp. 378-382.</p> <p>— (1964), <i>Historia de la locura en la época clásica I y II</i>, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1985.</p> <p>— (1966), <i>Las palabras y las cosas</i>, Siglo XXI Editores, Madrid, 1991.</p> <p>— (1969), <i>La arqueología del saber</i>, Siglo XXI Editores, Madrid, 1990.</p> | <p>Bibliografía</p> |
|--|---------------------|

Bibliografía

- (1975), *Vigilar y Castigar*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1992.
- (1977), *Historia de la sexualidad: La voluntad de saber*, Siglo XXI Editores, Madrid.
- (1980) "The eye of power: conversation with J-P Barou and M. Perrot", en C. Gordon (ed.), *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977* by Michel Foucault, Harvester Press, Herts, pp. 146-165.
- (1984), "Space, Knowledge and power: interview with Paul Rabinow", en P. Rabinow (ed.), *The Foucault Reader*, Penguin Books, Londres, pp. 239-256.
- (1986), "Of others spaces", *Diacritics* (Spring), pp. 22-27.
- (1991), *Microfísica del poder*, La piqueta, Madrid.
- Harvey, D. (1989), *The condition of postmodernity*, Blackwell, Oxford.
- Gregory, D. (1994), *Geographical imaginations*, Blackwell, Oxford.
- Rabinow, P. (ed.) (1984), *The Foucault Reader*, Penguin, Londres.
- Sauquillo, J. (1989), *Michel Foucault: Una filosofía de la acción*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- Serres, M. (1980), *El paso del Noroeste*, Debate, Madrid, 1991.
- Soja, E. W. (1990), *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Verso, Londres.